

Viaje por *Los húmedos contornos de la fruta* de Claudio Raúl Cruz Núñez.

José J. Rodríguez Vázquez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Para Gabriela Michelle y Natalia, las niñas
haciéndose mujer.

Cada lectura vale por la escritura que
engendra.

Roland Barthes, *El susurro del
lenguaje*.

Presentar un libro de poesía, el poemario *Los húmedos contornos de la fruta* de Claudio Raúl Cruz Núñez, publicado recientemente por Espejitos de Papel Editores, parece inevitablemente poner en contacto al pensamiento reflexivo con el pensamiento creativo. El primero, racional y analítico, trataría de “descifrar” los enigmas de un lenguaje ejercido gozosamente por las musas que habitan la imaginación y la dimensión emotiva del rapsoda que nos ha convidado a tomar la palabra.

Se me ocurre que esta distinción entre pensamiento reflexivo y creativo permite distinguir, siguiendo algunas líneas de Roland Barthes, al menos, tres posibles tipos de lectura. Una, hermenéutica, estaría obsesionada con exponer los significados de los poemas y sus metáforas. Desde aquí, el lector debe cumplir con el papel de exégeta revelador de los secretos queridos o imprevistos por el poeta. La otra, historicista, preferiría escudriñar en el contexto histórico-social, las corrientes literarias o la biografía del autor para poder descifrar el por qué del poema y del poeta. Se trata de viejas modas de la crítica literaria que han abandonado la perspectiva romántica del genio iluminado para sociologizar o psicologizar la explicación del arte y la literatura. Por último, una

tercera, que me da con llamar estética, apunta más al placer poético y se relaciona con el escritor y sus formas de decir; formas de decir que, para Barthes, alcanzan su máximo logro cuando el que lee se sorprende habitado por el deseo de escribir. Me inclino por esta tercera experiencia de lectura porque, desde mi punto de vista, es la que mejor permite acercarse a la magia del pensamiento creativo y escuchar, lo que el crítico francés denominó el “susurro del lenguaje”, ese “ruido que produce lo que funciona bien”, lo que seduce porque insinúa y se abre al diálogo con ese ausente ansiado que es su lector. Presentemos, pues, este poemario de Claudio de la manera más libre esperando que el placer de lo erótico que ha devenido en Claudio placer de la escritura, se complete en nosotros como placer de la lectura tornándose reescritura.

Si he optado por dejar de lado algunas formas de leer entonces está claro que no voy a decir quién es Claudio Raúl Cruz Núñez o cuál ha sido su experiencia de vida. Tampoco me propongo analizar los movimientos literarios o la época de la que forma parte su trabajo de escritor. Sólo voy a intentar viajar por su escritura con mi lectura estética para ponerlos en contacto con su palabra, con su magia creativa. Pasemos, pues, de la obra al texto, del libro real que tengo en mis manos al lenguaje que lo habita y espera mi mirada. Demos inicio a la travesía por *Los húmedos contornos de la fruta*.

Pero, ¿cómo hacer el viaje? He pensado, aprovechando algunas características de lo que Nicolás Bourriaud llamó la estética relacional del arte contemporáneo, que tal vez la mejor manera de organizar la presentación de un poemario no es encontrando a un presentador para que usurpe por unos minutos el lugar del poeta y le hable del texto a los que escuchan. Quizás lo artístico y vanguardista sería articular un encuentro que hiciese

posible poner en contacto al poeta con su público a través del ejercicio de leer en voz alta, mediante una lectura compartida, los poemas. Repartir los libros necesarios, permitirle a cada uno de los presentes escoger al azar algún poema e iniciar el diálogo, transformar esta presentación en una conversación polifónica que multiplique la escritura en canto y coro. Después de todo, ¿no escribimos para comunicarnos con los otros? ¿No supone el hablar una disposición a después asumir el papel del que escucha? ¿No es esta poesía, que podemos clasificar de erótica, precisamente un encontrarse perdiéndose en el otro? ¿De qué mejor manera puede realizarse un poemario que reproduciéndose en las voces de otros que, al leerlo, lo hacen suyo y se pierden enamorados en él?

Por supuesto, existen otras formas posibles de presentación. Por ejemplo: un dúo poeta-comentarista, en el que el primero nos regala, a viva voz, su escrito y el otro lo interpreta; o un formato entrevista, ese que agobia a todos los poetas porque muchas veces comienza con la pregunta sin respuesta de por qué escribe usted poesía, como si el escritor tuviese que justificarse o autoanalizarse, como si no fuese suficiente el impulso de escribir y el goce de lo escrito. Con seriedad, casi siempre los entrevistadores insisten: ¿Es usted un poeta local o universal? ¿Le gustan las formas o el verso libre? ¿Esto es poesía erudita o voz popular? Carajo, ¿no es usted un poeta comprometido? Ah, poeta pequeño-burgués, ¿no conoce usted las leyes de la Historia y al sujeto que la encarna? ¿No cambiaría usted la pluma por el fusil?

Sin embargo, ninguno de estos tres modos posibles que he comentado rápidamente es el que vengo desplegando ante ustedes. Me toca asumir el compromiso que hice con Claudio y ocupar su lugar, porque me lo ha permitido, para invitarlos a leer *Los húmedos*

contornos de la fruta. Ahora sí, comparto con ustedes mi travesía, mi transcurrir repetido por el texto.

Tomo el libro. Su estructura está compuesta por un trabajo de equipo. Para que la imaginación de Claudio se haya materializado en esta obra se ha necesitado del diseño gráfico y de portada de José Alberto López-Colín y de la belleza sugerente de esa pintura en la carátula realizada por el reconocido artista arecibeño Osvaldo de Jesús. También han sido fundamentales las tareas de edición de tres poetas: Edgardo Nieves Mieles, Carlos Vázquez Cruz y Herminia M. Alemañy Valdéz. A esto hay que sumarle los 61 poemas labrados por Claudio y dos lecturas agudas del poemario: una, que sirve de Prólogo, titulada “Amor, cuerpo, erotismo y la presencia del otro”, de Miguel Ángel Fornerín y, la otra, que ocupa la contraportada, de Edgardo Nieves Mieles. Me toca presentar, pues, un libro que ya contiene a dos presentadores con extensas trayectorias literarias como poetas y ensayistas.

Leo el poemario. Lo releo porque me es imposible dejar de hacerlo, porque me fija, como prisionero feliz, la belleza de lo que manifiesta o insinúa el texto. Escribo, todavía titubeante, algunos puntos; eso que uno llama “lo que me parece” y que tiene que ver con energías provenientes de esa doble dimensión, racional y emotiva, del humano. Pienso en Claudio, así lo han visto sus amigos, lanzando un puñado de maíz: 61 granos de sol para “el gallo, huraño y hogareño que sigue picando el cristal de la ventana”. (Poema 19) El libro ahora me mira callado desde el escritorio, tentándome de nuevo. Sonrío, vuelvo por él, lo poseo. ¿Descubro este secreto o es sólo mi invento? 61 fragmentos me parece que constituyen una unidad, un único canto al deseo que se transmuta en amor, al nosotros

cómplice que solo se hace posible cuando el yo se realiza plenamente al estar junto al otro. Ah, poeta, además de pícaro, y para algunos, descarado, le ha dado con ese truco propio del seductor que consiste en dejar que el otro asuma su tarea e invente con su lectura otra escritura.

Consumir un grano obliga a desear el siguiente. Voy en su búsqueda y la curiosidad comienza a resolverse en alegría. Concisos, finamente pulidos, estos granos se han hecho jugosos y se dejan saborear como la fruta. No hay desproporción, sino equilibrio. No hay prepotencia y exceso, sino generosidad. Poeta, amigo mío, es obvio que usted sabe que el amor está en los múltiples significados de perderse y que sólo puede rozarlo el que apuesta sin que lo intimide la derrota.

Así me parece su escrito, un transitar por una experiencia amorosa que le va transformando. Lo primero es el encuentro del que parte el “juego exquisito”. Aquí impera la mirada, y el otro, la mujer, es un elemento significativo del mundo objetivo que se ha tornado objeto del deseo y búsqueda del principio del placer. Estamos con un toparse y no en un origen. O para decirlo con otro acertijo: No estamos en el principio, sino en un hallazgo que te coloca en situación:

Poema I

La palabra de tu cuerpo, la asimetría de tu carne.
Poco a poco me inmiscuyo en la luz y tus sudores;
y voy buscando el sol oblicuo de tu sexo,
el terraplén jugoso de tus muslos.

El cuerpo es lo real, el otro materializado que me es posible ver, escuchar, tocar, oler, saborear; un pedazo de mundo que se presta a mis sentidos. El cuerpo expresa a éstos su belleza, ser vida y potenciar la vida. El poeta insiste. Se encuentra eufórico. No es el

tiempo de los códigos de la Razón. No se trata de saber quién es ese otro, sino de reconocerlo saboreándolo y festejándolo.

Poema II

Hoy vuelvo a penetrar tu humedal de sal y lluvia;
 tu geometría de hierba,
 tu acuífero celeste que me incita.
 Y en ese juego exquisito,
 en esa atmósfera terrestre y tormentosa,
 en esa noche violeta, vaginal, que me vacía,
 atrapo la sustancial quenepa
 que se rompe.

Pero el goce no es sólo lo sentido, sino también lo construido o inventado, lo significado mediante el poder utópico del imaginario. En *Los húmedos contornos de la fruta*, el otro es el objeto deseado, experimentado, recorrido, pero también imaginado, que nos hace posible. El otro es cuerpo, carne, muslos, sudores, sexo, pero también es luz, sal, lluvia, fruta jugosa y amor. Es esa situación amorosa la que hace posible forjar un frutero y colocar allí colores, sabores y olores. Por eso, en esta escritura los cuerpos de la relación amorosa están habitados por quenepas, caimitos, níspero, acerola, naranja, uva, grosellas, higo, dátil, pajuil. El amor multiplica los sabores que significan el cuerpo del otro amado. Ese poder de enriquecer transfigurando al otro es su “en sí”; el “en sí” del amor que irrumpe deslumbrador en la escritura.

En este ir moviéndose, en ese proceso de desplegarse la escritura, en esos saltos que asume con alegría el escritor, acontece lo fundamental: el cuerpo sublimado, el deseo-sexo vuelto amor, clausura la distancia entre el yo y el otro. Entonces, el poeta, que comenzó hablando de lo visto-vivido y definiendo las cualidades del otro, pasa a convertirse más en el testigo que en el dueño de un drama. Claudio, el autor, se ha

perdido gustosamente en la escritura y su poesía ya no le pertenece porque es un resultado de la suerte o la dicha de ser un invitado a una fiesta. En su texto, el deseo se ha elevado a juego compartido y el otro objeto deseado ha devenido sujeto. El yo hablante es ahora el nosotros. Lentamente, en los poemas III y IV todavía ese nosotros es un yo y tú dividido. Pero ya en el VII, la formación de ese “nosotros aquí, en el cuarto/lácteos y sonámbulos” va abriendo el camino para que aparezca la singularidad del otro.

Poema X

Acaricio tus pezones de algarroba silvestre
y la oscuridad se llena de luciérnagas.
Me invitas a cultivar claveles rojos,
de éstos que se siembran cuando llueve,
y así comenzamos a labrar el surco
de nuestros sabores y quehaceres.

Ahora lo erótico sólo se realiza plenamente como diálogo y goce compartido que hacen posible ese yo y tú reunidos y diferentes. El otro como objeto deseado ha devenido belleza, maravilla y sujeto con voluntad de querer.

Poema XIII

Amo a la mujer de los ronquidos,
a la que me pide avena cuando asoma el alba.
A ésa que ausculta mis perros insomnes;
la que ilumina el riesgo de la noche,
la del vientre de avellanas,
la que me exige desmenuzar los ajos
y me pide que la abrace.

Hay algo en la poesía erótica que me resulta político, que hace de ella un instrumento de lucha y crítica contra el poder, contra su normalidad y su eticidad. Resulta increíble que esto que parece tan íntimo y tan reducido a experiencia de pareja pueda tener efectos tan peligrosos. Esta fuerza es la que maneja muy bien Claudio, con una delicadeza del que sabe que también existe el enemigo, el enemigo del deseo, del amor, de la vida. Por

eso creo que de momento se mueve, iconoclasta, y lanza algunas bofetadas a la cultura mojigata con su sexualidad encajonada en la función reproductiva. Ahora, voy leyendo levantando la cabeza. Pienso. Pero lo erótico, ¿no es lo irremediabilmente subversivo? ¿No es el sexo el fundamento material de una situación amorosa que deja al Dios iracundo y solitario lleno de envidia, mientras la sabiduría timorata, hoy disfrazada de educación sexual, intenta contener a Dioniso trasladándolo de tentación y pecado a desorden y enfermedad?

Poema XX

En la cama se han tramado
golpes de estado y muertes dulces.
Se planifica el alfa de la historia
y el omega de nuestra orgía.
Llegadas y venidas
al son de la estocada.

O este resultado de las distintas formas del sexo-amor que se imprime como recuerdos de la fruta.

Poema XXI

En cada oreja tengo
tus senos de pan y nuez moscada.
Y en las cómplices papilas,
tu clítoris de pavona.

Insisto, lo que celebra la poesía erótica es la vida. En ella no hay lugar para esos espíritus obsesionados con el más allá y la salvación como premio a la obediencia. El sí a la vida nietzscheano, el Sísifo dichoso de Camus, tienen en nuestro poeta un heredero. El placer de la poesía, el placer de la escritura, para volver a Barthes, no es “el hacer de vehículo a lo verdadero”. La poesía lo que hace es construir la utopía de la alegría como aquello posible cuando se está en el mundo junto a los otros.

Poema XXIV

Pervertido como una hiedra,
 me escurro por tus muslos de hojarasca;
 desentrañando las acuíferas
 profundidades del karso.
 Así descubro los paraísos terrenales,
 las sabrosas glorias mundanas de la carne.

Es tiempo de comenzar a concluir el viaje. Dejarles con el escritor y su texto. Busco mi grano favorito y lo transito.

Poema XLIII

Pregúntame por qué la noche cae
 y no me importa decirte que lo ignoro.
 Esas perversidades de la vida y el tiempo
 me atormentan.
 Por eso escribo poesía, por eso leo entre sombras
 y, cuando el crisol del calendario
 se llena de burbujas,
 te me apareces tú, sonámbula y desnuda.

Para Sigmund Freud, el poeta es el “niño” que juega seriamente con su fantasía. Confieso que no me gusta del todo esta lectura. Quiero cambiarla. Después de todo, ¿habrá existido una sensibilidad menos poética que el inventor del psicoanálisis? Por eso, me decido. Gracias a Claudio ahora soy el escritor. Entonces concluyo: el poeta es el humano que imagina seriamente, más allá de lo ominoso y las tristezas, la alegría y el asombro que llegan con la vida. Lo siento por Freud. No queremos “descargar las tensiones de nuestra alma”, sino provocarlas; no queremos “soportar” lo real, sino celebrarlo, a lo Claudio, en “los húmedos contornos de la fruta”.